

El topos patagónico en un *altro mare* de Claudio Magris

Aída Nadi Gambetta Chuk*

Para Vida Nadi Chuk Gustin, mi madre, recordando su historia prenatal. Vida nació en Trieste, en 1924, bajo bandera italiana, eslovena por lengua y cultura, es decir, como sus padres y toda su ascendencia, eslovena y austrohúngara. Por lo menos, por su lado materno, según consta aún en la piedra frontal de la casa de los Gustin, allí vivieron desde 1808. Mis abuelos maternos, también nacidos en Trieste, a principios del siglo xx, aunque bajo el Imperio Austrohúngaro, emigraron con mi madre, que tenía poco más de un año, a Argentina, como otros cientos de triestinos y nunca volvieron a Trieste, ciudad enclavada en el fondo del Adriático, que vieron mis ojos y que, en mis ojos, buscaban los parientes, a Sofía y a Vida.

INTRODUCCIÓN

Claudio Magris ha sido galardonado con el premio Príncipe de Asturias, el 11 de junio de 2004, en Oviedo, tal como lo anunciara el director de la Real Academia Española, presidente del jurado elector, Víctor García de la Concha, para quien “en sus libros Magris muestra, con su poderosa voz narrativa, espacios que componen un territorio de libertad y en ellos configura un anhelo: el de la unidad europea en su diversidad histórica”. El jurado concedió el galardón a Claudio Magris por considerar que “encarna en su escritura la mejor tradición humanista y representa la imagen plural de la literatura europea al comienzo del siglo xxi”. La entrega de los Premios Príncipe de Asturias, en esta su vigésima cuarta edición, tendrá lugar en otoño de 2004.

Claudio Magris (Trieste, 1939), síntesis luminosa de germanista, ensayista y finísimo narrador, traza, en sus textos que cuestionan los límites del género, una geo-historia memoriosa, nido privilegiado de testimonios y de confrontaciones y, sobre todo, de esclarecedoras reflexiones teóricas sobre el discurso literario. Primero, en sus ensayos, origen de toda su trayectoria literaria; después, en sus obras de ficción, Magris pretende abordar la realidad en el mundo que lo rodea, tanto histórica como geográficamente, concentrándose en mundo cultural mitteleuropeo y en las complejas relaciones históricas y artísticas ítalo-germánicas, austrohúngaras y eslavas.

Entre el mito y la historia, discurre *El Danubio* (1986) —Premio Internacional Antico Fattore— como una historia literaria apasionante. En *Microcosmos* (1999) —Premio Strega 1998—, Magris abandona lo pluvial para desembocar en lo marítimo y en Trieste, en el fondo del Adriático, “el mar de toda persuasión”.

* Profesora-investigadora del Colegio de Lingüística y Literatura Hispánica, Facultad de Filosofía y Letras de la BUAP.

La representación y la anti-representación se encuentran en todos sus libros, contruidos con el mitema de la aventura. *Otro mar* (1991) y *Conjeturas sobre un sable* (1992) son ejemplos paradigmáticos.

Como *Lontano da dove e Illazioni su una sciabola*, *Un altro mare*, según el propio Claudio Magris (1998: 24) son libros que ya existían, en fermento, en *Il mito ausburgico nella letteratura austriaca moderna* (Einaudi, 1963, 1988, 1966, UNAM, México, 1998) porque, aunque sus historias trascienden la frontera de Europa Central, parten de allí, pertenecen a ese lugar, a Trieste, de donde parten marítimamente. Catedrático de literatura germánica de su universidad natal, ha publicado su último libro, con el título de *La exposición* (2002), precedido por otros también memorables: *Dietro le parole* (1978), *Ítaca y más allá* (1982), *Trieste un'identità di frontiera* (1982) y *El anillo de Clarisse: tradición y nihilismo en la literatura moderna* (1984). Magris, para quien los intelectuales —tal como muchas personas que realizan otras tareas— deben caracterizarse por su reflexión crítica, cree, frente al pesimismo generalizado, que aunque el margen de optimismo sea estrecho y pueda parecer ser injusto optimista en medio de los sufrimientos generalizados, para él es necesario seguir la propuesta de Gramsci, que decía que hay que ser pesimista con la inteligencia y optimista con la voluntad.

Hay que recordar también que “el mito habsbúrgico” llegó a la historia de América Latina en el doloroso episodio de Maximiliano en México, recogido variadamente por la historiografía y novelísticamente por Fernando del Paso en *Noticias del imperio* (1987); en el caso particular de la literatura argentina, tocó los temas de la inmigración europea de la primera mitad del siglo xx. *Otro mar*, por la geografía que el protagonista recorre y por la temática de la vida de los inmigrantes centroeuropeos en Argentina, se inscribe insoslayablemente en la literatura argentina de la inmigración europea, aunque su autor sea triestino y la haya escrito en italiano. El origen, que siempre nos busca, es un regreso obligado en la densidad de las historias cotidianas y en los magnos hechos históricos que se discursivizan en relatos orales o en escritos literarios. Magris ha dicho en *El Danubio* (1989: 39): “La identidad es una búsqueda siempre abierta e inconclusa. La obsesiva defensa de los orígenes puede ser en ocasiones una esclavitud regresiva como, en otras circunstancias, cómplice rendición al desarraigo.”

Un altro mare (Garzanti Editori, Milán, 1991) ha sido traducida al español adecuadamente, con algún pequeño tropiezo respecto de la lengua y la cultura eslovena¹ por Joaquín Jordá, para las dos ediciones de Anagrama, de marzo y de abril de 1992, como *Otro mar*, con la inevitable pérdida de la calidad sonora de la “lingua italiana” y algunas palabras en esloveno, que el discurso literario de Magris hace resaltar con la magistral combinación de la lucidez cognoscitiva y la sensualidad de la percepción.

LAS AGUAS MARÍTIMAS PERSUASIVAS: EL ADRIÁTICO, EL ATLÁNTICO

En *Otro mar*, como en cualquiera de los otros libros de Magris, con danubianas aguas pluviales o con las aguas marítimas adriáticas o atlánticas, es un referente obligado el concepto del mito habsbúrgico, clave para revelar los misterios de su literatura, por él mismo ofrecida en el enjundioso tratado *El mito habsbúrgico*

¹ Debe decir: Rodna (y no Ronda) porque se refiere a la revista eslovena Rodna Gruda. Otro mar, de Claudio Magris, Anagrama, Barcelona, abril de 1992, p. 72. (trad. de Joaquín Jordá) El traductor ha tenido el buen tino de dejar en esloveno o en alemán algunos términos muy difícilmente traducibles al español.

en la literatura austriaca moderna. Para los intelectuales y los poetas, desaparecido el imperio austrohúngaro en 1918, en medio de la añoranza de un mundo seguro, evocado nostálgicamente con los recuerdos de la niñez, no había otra posibilidad que mitificarlo que evocar idealizadamente la época de Francisco José, frente a un nuevo mundo caótico que no podían asimilar aún y al que interponían su fascinante concepción mitteleuropea.

Con diferentes modulaciones, Zweig, Werfel, Roth, Csokor, Musil y Doderer, entre otros, habrían contribuido a consolidar el mito habsbúrgico en un proceso deformado de la realidad austrohúngara, tan contradictoria, apreciada como un universo pleno de seguridad y tranquilidad, desde sus personales visiones de un mundo ya perimido, desde la admiración de Werfel a la ácida ironía de Musil. Todos estos escritores parecen estar empeñados en alcanzar una pretendida verdad histórica.

Claudio Magris sintetiza con meridiana claridad este complejísimo mito:

El mito habsbúrgico no es un simple proceso de transfiguración de lo real, propio de toda actividad poética, sino la completa sustitución de una realidad histórico-social con otra ficticia e ilusoria; es la sublimación de una sociedad concreta en un pintoresco, seguro y ordenado mundo de fábula. Naturalmente, esta mitificación no es una extravagancia abstracta, y, por lo tanto, es capaz de aprehender algunos aspectos reales de la civilización habsbúrgica, y de aprehenderlos, en ocasiones, con penetración muy fina y particular (1998: 32).

El mito de la felix Austria —sensual y placentera— el imperio que colonizó culturalmente a Europa y de su “aura mediocritas” —la del lento mundo burocrático— se remonta a 1806, año en que Francisco II, alemán y emperador del Sacro Imperio Romano, se convirtió en emperador de Austria. Para leer *Otro mar*, importa, sin embargo, menos el comienzo del mito habsbúrgico, es decir, la época teresiano-josefina y la literatura que celebraba a los soberanos, o la del Biedermeier, que el reinado de Francisco José I (1830-1916), emperador de Austria desde 1848 y rey de Hungría desde 1867, cuya acción de pretender conquistar los Balcanes precipitó la caída del Imperio Austrohúngaro, o sea, su periodo apocalíptico, después de la hecatombe de la Primera Guerra Mundial, época exaltada por los escritores que quedaron expoliados de patria y cantaron las glorias pasadas como Werfel o las satirizaron como Musil, entre otros, sin poder apartarse de esa atracción luminosa.

Si *El Danubio*, con sus aguas pluviales, prefiere el género geohistoriográfico y Microcosmos, con sus aguas marítimas del Adriático, el de la autobiografía; siendo muchísimo más que eso, *Otro mar*, novela breve por su extensión, participa de la biografía y del ensayo, en la acertada conjunción de un libro de sabiduría y justicia poéticas, entre la orilla triestina y la orilla patagónica, separadas por el innominado “otro mar” del título, como una extensión emocional del Mar Adriático, no sólo desde la perspectiva triestina desde la cual el protagonista desaparece, sino desde la misma perspectiva triestina que portaron a Argentina nuestros antecesores que vivieron la ajenidad de la tierra a la que habían llegado junto con la íntima cercanía de la ciudad de Trieste, que habían abandonado y que algunos textos literarios han logrado plasmar.

En *Otro mar* confluyen las aguas marítimas del Adriático y del Atlántico, metonímicamente, con sus sedimentos históricos y, a la vez, juntas, en la metáfora y, al mismo tiempo, en la anáfora que atraviesa íntegramente la novela: la persuasión.

EL TOPOS PATAGÓNICO

El argumento de *Otro mar* tiene la estructura sencilla de la aventura con un protagonista capital que contrasta con las atmósferas que él habita: densas, complejas, contradictorias y no pocas veces ominosas. Enrico Mreule, nacido en Rubbia, el 1 de junio de 1886, residente en la Gorizia aún habsbúrgica, con su bachillerato terminado brillantemente, lector de latín y de griego, además de, como buen goriziano, hablante de alemán, italiano, esloveno, friulano y véneto-triestino, en las vísperas de la Gran Guerra, diciéndole a la madre que necesita dinero para ir a Grecia a completar su formación clásica, se embarca en el Columbia con rumbo al Atlántico Sur y a Argentina, el 28 de noviembre de 1909. De sus dos compañeros y amigos entrañables, Nino Parternolli lo despide en Trieste, mientras Carlo Michlstädter (sic, en la traducción española de Jordá) se queda mirando en dirección al mar en la buhardilla de Nino, refugio de los tres. Enrico escribirá desde Neuquén —ese paisaje austral argentino de los Andes que remite a los Alpes— a Carlo, y las cartas seguirán enviándose desde Bahía Blanca, San Carlos de Bariloche y otros lugares patagónicos como Puerto Madryn, donde, en 1911, recibe, con atraso de un año, una carta de Nino que le comunica el suicidio de Carlo Enrico. Después de intentar una actividad académica en la escuela Dante Alighieri de la también marítima Bahía Blanca, se ha convertido en un gaucho o más bien en un resero de diversa fortuna, evocando, por su actividad ganadera, al protagonista de *Don Segundo Sombra* de Ricardo Güiraldes, siempre lector de los libros que lleva consigo y del *Martín Fierro*, que le impresiona por la vida adulta del gaucho del que nunca se recuerda su infancia, a la vez que auditor de historias camperas como la del rastreador (que pudiera ser el recreado Calívar de *Facundo*, pero ficcionalizado como un rastreador rastreado por sí mismo, o sea, su propio espejo). Alejado de la cultura habsbúrgica y en pos de una Natura, ha dado con otra Cultura a la que dificultosamente se adapta. Enferma de escorbuto y va a Buenos Aires para regresar a Trieste, en 1922. Gorizia es ahora italiana, lo que significa no poco para los eslovenos. Un año después muere despeñado su amigo Nino. Enrico sufre cárcel en Umago, por no ser simpatizante de Tito. Aventuras sentimentales —encuentros y desencuentros amorosos— marcan su vida hasta la pérdida de los amigos judíos en manos de los nazis, en la Segunda Guerra, para arribar dolorosamente a los setenta años en 1956, siempre reflexionando sobre la herencia intelectual de Carlo, quizá alter ego del mismo Magris, de su libro *La persuasión y la retórica*, casi hasta su fallecimiento, el 5 de diciembre de 1959. Enrico es un inmigrante emblemático: vive en Argentina varios años pero gran parte de su vida sigue en Trieste y en Gorizia en las cartas que envía y en las que recibe, en buena parte, la farmacia Verzegnassi, de Buenos Aires, es decir, en cierto modo continúa en la tierra natal, donde quiera que vaya, densidad ficcional presente en las vidas no ficcionales de muchísimos triestinos transterrados. Es, en este sentido, un inmigrante centroeuropeo más, en la Argentina de la posguerra mundial, en los años cincuenta del siglo xx. Aunque la perspectiva de Magris se refiera a cogniciones y a sentimientos, no hay concesiones sentimentales, sino más bien un distanciamiento duro, que no acompaña al aventurero en sus avatares; sólo atestigua sus acciones y pensamientos, como si la distancia y el mar asordinaran la vida patagónica. Los inmigrantes fueron literaturizados por los escritores argentinos naturalistas de fines del siglo xix, con incompreensión hiperbólica, xenofóbica y caracterizaciones crudelísimas como el mural teratológico del “gringo”, del italiano, pintado por Eugenio

Cambaceres en *En la sangre* (1887), sólo superado por el antisemitismo feroz de Julián Martel en *La bolsa* (1891), amén de *Quilito* (1891), de Carlos María Ocantos y *Libro extraño* (1894-1902), de Sicardi, de similar tenor, seguidos por la compensatoria apología del inmigrante en *Marco Severi* (1905) y *El casamiento del Laucha* (1906) de Roberto J. Payró, la lirización de *Los gauchos judíos* (1910) de Alberto Gerchunoff y *El mal metafísico* (1916) de Manuel Gálvez, reivindicando al inmigrante europeo en el inicio del siglo xx, época en que transcurre *Otro mar*. A diferencia de Cambaceres, de Martel, de Ocantos, de Sicardi o de Payró, Leopoldo Marechal, desde su nacionalismo, fija esa memoria rediviva en sus descendientes argentinos, retratando, con ternura e ironía, el aluvión inmigratorio de judíos, italianos, españoles, armenios y de otras nacionalidades en su *Adán Buenosayres* (1948). Los hijos de los inmigrantes empiezan a describir el mundo de los padres en la generación del 40 —Verbitsky, por ejemplo—, en una dirección temático-ideológica que se proyectará en nuevas generaciones, generalmente de novelistas y de cuentistas (Viñas, Rozenmacher y después Aguinis, Futoransky, Castillo, Posse y Gambaro, entre otros). Quizá sea David Viñas (1929) uno de los últimos escritores argentinos que puebla sus novelas con tantos inmigrantes europeos, donde casi siempre campea el tema del origen de la propiedad de la tierra. Tanto en *Los dueños de la tierra* (1956) como en la crónica novelada *La semana trágica* (1966) se ficcionalizan los hechos ignominiosos de la Patagonia, en la primera presidencia de Yrigoyen. Precisamente, Claudio Magris pone ante los ojos de Enrico estos acontecimientos históricos argentinos que, aunque difuminados por la perspectiva subjetiva de Enrico, que incluso es testigo, pero nunca se involucra factualmente, más por su perenne adhesión a la patria del origen que por su relativa independencia económica, están evocados: la ley 4144 o Ley de Residencia (1902) y la también oprobiosa Ley de Defensa Nacional número 7029, de 1910, la Semana Roja de 1909, el caso del obrero ruso y judío Radowitski, que intentara vengar los hechos reiterados del ejército contra los obreros, generalmente, inmigrantes europeos y nuevas venganzas, como la del obrero anarquista alemán Kurt Gustav Wilckens que mató, en 1923, al coronel Varela, conocido como el Fusilador de la Patagonia o el “Sanguinario”, en los sangrientos hechos que el ejército argentino, en contubernio con los acaudalados ganaderos, perpetró contra los inermes peones laneros huelguistas de la Patagonia, en una estancia de Santa Cruz.

Enrico, que ha vuelto a Buenos Aires (convulsionada por los ataques militares a civiles huelguistas) a causa del escorbuto que le aqueja, y que nuevamente lo atacará en la Patagonia y decidirá su regreso definitivo a Gorizia, le escribe a Nino que “América es un fragor”, “aunque las enormes extensiones de hierba lo filtren y lo atenúen.”

El ejército del presidente Irigoyen dispara sobre los chilotos que hacen huelga contra los estancieros, sobre todo después de que se rindieran con la promesa de que así salvarían la vida. Llegan a Enrico noticias de fusilamientos, de fosas, violencia y asesinatos en las cárceles. Un día él mismo ve cómo la policía de Buenos Aires dispara sobre una multitud inerme y sigue disparando todavía con mayor intensidad, con mayor gusto cuando la gente escapa y arrolla a muertos y heridos (1992: 61).

No hay, pues, para Enrico, una naturaleza salvaje inocente de la huella humana que oponer al mito de la cultura habsbúrgica y el mismo Magris, a través de su narrador en tercera persona, no ha podido evitar plasmar las representaciones literarias argentinas de la poesía de Echeverría, la épica martinfierrisca

y aun la visión sarmientina del *Facundo*, en la descripción del paisaje pampeano y patagónico: la pampa deshabitada, el mito gauchesco, la Patagonia inconmensurable... con algunos trazos evocados también literariamente del paisaje estepario tolstoiano.

El ritmo agrícola-ganadero patagónico y las inclemencias climáticas se imponen a la vida de Enrico:

No cuenta los días ni las semanas, calcula el tiempo siguiendo unidades más elásticas y lábiles, la primera ráfaga de nevisca, el decoloramiento de la hierba, el periodo de acoplamiento del guanaco. El viento no cesa de soplar pero no tarda en aprender a distinguir sus tonalidades diversas según las horas y las estaciones, un silbido que se deshilacha o un acceso seco, como de tos. A veces es como si el viento tuviera colores, hay un viento amarillo dorado entre los arbustos, otro viento negro sobre el desnudo altiplano (1992: 50).

Enrico trata de adaptarse a las costumbres que le son extrañas y mira siempre con ojos centroeuropeos, como tal vez la misma óptica de Magris, por ejemplo, cuando, fascinado por el mito del rastreador, lo remonta a la cultura griega, también a “otro mar” (1992: 59).

El periplo patagónico de Enrico ha sido confortado por las cartas de Carlo y después por las de Enrico en la empecinada y frustrada búsqueda de perfección, con algunas iluminaciones, como sus reminiscencias musicales en el Columbia —Verdi, Donizetti, Schubert o canciones populares como La Paloma, que tanto le gustaba a Maximiliano (1992: 26-31)— o la sensación de libertad cabalgando en la pampa que le conectan con sus paseos a caballo en Gorizia (1992: 39) o la epifanía frente al árbol que le permite “ver” en la Gorizia lejana al profesor Schubert-Soldern paseando por el amado río Isonzo (1992: 32-33). Las palabras epistolares de Carlo le han permitido vivir en la soledad patagónica:

Inevitablemente hemos sido atraídos por ti a la vida gris... hemos sabido qué es “En una conciencia segura y digna... los hombres y las cosas del mundo se han determinado respecto a ti... tú, Rico, alguien que tiene una fuerza superior en sí, como un santo que acuciado por las necesidades de la vida o de la muerte, permanece tranquilo y seguro... nos abrías el camino para la justa valoración de las cosas (1992: 41-42).

La aventura argentina en el Atlántico finaliza con un acto simbólico: en el barco, antes de llegar a Trieste, Enrico arroja al mar los últimos billetes argentinos que han quedado en sus bolsillos. Como toda biografía, la de Enrico fluctúa entre redundancias y presuposiciones o hiatos. Las redundancias construyen enfáticamente el retrato del protagonista en la aventura vivida por éste intensamente en cada instante, sin preocupaciones sobre el futuro; los hiatos esperan ser llenados por la recepción de los lectores orientados por la concepción de Carlo sobre la persuasión: la búsqueda de la persuasión (también traducida al español como convicción) es inútil porque en su lugar siempre se encuentra la retórica. El topos patagónico-paisajístico y cultural, enmarcado por la llegada y la partida marítima de Enrico, es el espacio privilegiado de la práctica del concepto de la persuasión. Enrico ha intentado, si no ser, al menos sentirse libre, sostenido por el pensamiento de Carlo, pero Carlo, con su suicidio, ha cancelado, al menos para sí, la persuasión.

LA PERSUASIÓN

Perdida la Gorizia hasbúrgica, la Gorizia italiana del presente —el nuevo topos italiano— le remite a Enrico a la ciudad de la infancia y la juventud, en un tal vez no pretendido símil de los escritores hasbúrgicos que crearon el mito hasbúrgico, como portavoz y albacea del testamento filosófico de su amigo muerto. El libro de Carlo, *La persuasión y la retórica*, ha sido para Enrico su libro de cabecera en todas las vicisitudes de su vida en Argentina y lo seguirá siendo en los años que le falten por vivir en Gorizia, en creciente descenso, en la orfandad amical que para él han significado las muertes de Carlo y de Nino, que viven en su recuerdo cotidiano. Claudio Magris ha ficcionalizado como Carlo (registrado Karl) Michlstädter al célebre goriziano Carlo Michelstäedter, artista y pensador nacido en Gorizia, el 8 de junio de 1887 y muerto suicida el 16 de octubre de 1909, disparándose un tiro de revólver pocas horas después de enterarse de la muerte de su hermano en Nueva York. Las diferencias ofrecidas por Magris son de siete días para la fecha de nacimiento y de poco menos de un año para la de su fallecimiento. Pero, en cambio, coincide en la exaltación de su personalidad de clara inteligencia, que reunía en torno de sí a sus amigos como fieles y admirados discípulos. Se publicó *La persuasione e la retorica* en 1913, al cuidado de Vladimiro Arangio-Ruiz, su amigo florentino. En 1932, en Florencia, aparecería la edición completa, con el apéndice que preparaba antes de morir. En Milán, tuvo lugar una exposición de sus obras, entre el 23 de abril y el 23 de mayo de 1983, como filósofo y como poeta pero también como diseñador y caricaturista, exposición titulada *El gran póstumo*, con todos sus documentos biográficos y bibliográficos, entre los que hay que destacar la cuidada versión de *La persuasión y la retórica*, a cargo de su primo Emilio, en 1922. En Otro mar, Magris pone en las manos de Enrico las ediciones de 1913 y de 1922, recordando que él vio nacer el libro de Carlo, al que contraponen sus dos pequeñas novelas: una sobre la Gorizia medieval y la otra que transcurre en Semmering, además de otros trabajos, considerándolos muy menores, sobre todo, en comparación con el magno libro de Carlo. También Enrico y Nino, tal como Biagio Marin —quien aparece al final del texto— fueron sus amigos dilectos, a todos los cuales rinde Magris el tributo de su agradecimiento, porque con ellos ha reflexionado sobre sus orígenes históricos y culturales, en un nihilismo compartido dolorosamente, en la estructura literaria del libro en el libro, con un tono sutilmente poético con el que homenajea a los que pensaron y escribieron poéticamente, precediéndole y con los que establece un prodigioso encuentro filosófico y literario. Llama la atención este mundo prioritariamente masculino, quizá originado en el mismo género de la novela de aventuras y el libro de los viajeros decimonónicos: en el deshabitado topos patagónico no hay casi personajes femeninos; en el topos goriziano, los personajes femeninos son evanescentes y, en general, víctimas de las circunstancias o de poderes que no pueden evadir.

La tesis de *La persuasión y la retórica* de Carlo Michelstäedter, tesis doctoral, versaba sobre el concepto de persuasión (o convicción) y de retórica en Platón y en Aristóteles, con una nueva interpretación de datos y transpuesta de un plano filológico a un plano filosófico-artístico (de manera semejante a la de Nietzsche, antes, en *El origen de la tragedia*). La idea central sobre la persuasión, que se da por sabida y percibida intuitivamente, puede sintetizarse como la posesión de sí mismo a través del presente. La persuasión es la concentración total en un instante, la integridad del presente que oblitera el tiempo y no se disgrega en promesas del futuro. La muerte es sentida como negación de todo

proyecto futuro, pero apreciada positivamente porque la inexistencia del futuro hace absoluto al presente. El problema humano es que casi es imposible alcanzar la persuasión, pero ella constituye la única posibilidad humana liberadora. La persuasión se opone a la retórica entendida como vía locuaz, charlatanería... La retórica es la máscara falaz de la vida; la persuasión es la conciencia de la verdad silénica (adjetivo referido a Sileno, preceptor de Dionisos) que es casi inexpresable: no es un camino hacia la muerte, sino vida que no le teme a la muerte. Quizá las nociones de persuasión y retórica puedan acercarse a las nietzscheanas de lo dionisiaco y lo apolíneo. Hay una contradicción entre el existir como un amor poderoso a lo que la vida podría ser, y la desesperación o nostalgia de lo absoluto humano, que se le niega a Michelstædter. En la dimensión especulativa, poética y pictórica, el famoso goriziano reveló una inmensa energía comunicativa, siendo él mismo ese artista moderno intenso que, como él decía, ya no quería ser artista, sino que quería ser, extrayendo de la lucha y el dolor, la salud y la alegría. Carlo propone una metáfora visual: un peso que pende de un gancho que tiende a descender cada vez más abajo, siendo esta tracción lo más importante para la vida humana. Esta imagen retrotrae la conocida paradoja de Zenón sobre Aquiles y la tortuga, que ironiza sobre el perderse en el "aquí" y en el "ahora". En cambio, la versión moderna de Michelstædter señala que la pérdida estaría en "otra parte" y en "el no todavía" del futuro, que sofoca al presente. Entonces, el peso no podrá ser convencido, persuadido jamás. La vida es una perpetua deficiencia en la que cada cosa que se vive muere a cada instante para seguir viviendo de alguna otra manera. Así que, según esta lógica, el que, aunque sea por un instante quiera hacer suya su propia vida, debe convencerse, persuadirse a sí mismo, de lo que hace; debe apropiarse del presente y considerar este presente como si fuera su último momento, ése que precede a la muerte.

En *Otro mar*, Magris glosa este concepto, con meridiana claridad, en el contenido de conciencia de Enrico:

La persuasión, dice Carlo, es la posesión presente de la propia vida y de la propia persona, la capacidad de vivir plenamente el instante, sin sacrificarlo a algo venidero o supuestamente venidero, destruyendo así la vida en la esperanza de lo que pase más rápidamente posible. Pero la civilización es la historia de los hombres incapaces de vivir persuadidos, que construyen la enorme muralla de la retórica, la organización del saber del hacer para ocultarse a sí mismos la visión y la conciencia de su vacío (1992: 70).

Claudio Magris, en *Otro mar* revela, a través de la vida de Enrico, la imposibilidad de las vidas humanas de lograr la plenitud, mordidos por la moderna impaciencia, tanto en la vida cotidiana como en la literatura, que destruye el presente con el ansia puesta en lo porvenir, o sea, ilustra la incapacidad de la persuasión y la inevitable caída en la retórica, según *La persuasión y la retórica*. Pero, paradójicamente, *Otro mar*, libro que contiene la propuesta filosófica de la imposibilidad de la persuasión y el insoslayable encuentro con la retórica, es un libro insistentemente persuasivo, convencidamente persuasivo.

B I B L I O G R A F Í A

- Magris, Claudio (1998). *El mito habsbúrgico en la literatura austriaca moderna*. Versión de Guillermo Fernández. México: UNAM. Versión original: (1963, 1988, 1996). Turín: Giulio Einaudi.
- _____ (1998). *El Danubio*. Barcelona: Anagrama.
- _____ (1992). *Otro mar*. Barcelona: Anagrama. Versión original: (1991). *Un altro mare*. Garzanti Editori.
- _____ (1999). *Conjeturas sobre un sable*. Barcelona: Anagrama.
- Piel, Jean. (1985). *Los misterios de Trieste*. México: FCE.